

él galo; la segunda de vivir estando mal con el emperador. Pasemos por alto la tercera. Favorino era de Arles, Petronio de Marsella, Galo de Frejus, Trogo Pompeyo del país de los voconcios, Varrón, de orillas del Aude; todos, como se ve, de la Narbonense.

La Galia cabelluda tenía también poetas y oradores; pero las musas provinciales, como los dioses indígenas, permanecían desconocidos fuera de la ciudad, y los certámenes de Lyon eran más célebres por la rareza de sus reglamentos que por la gloria de sus laureados vencedores. La Galia meridional que daba á Roma tantos hombres de letras, le suministraba también generales y cónsules: el vienés Valerio Asiático que obtuvo dos veces las fasces; el tolosano Vídice, Agrícola, de Frejus, etc.

Este trabajo de los brazos y de la inteligencia, á que la Galia se había aplicado con tanto ardor, fué favorecido por la paz, que desde Civilis, reinó á orillas del Rin; y la barbarie, como fatigada de haber hecho, durante dos siglos, inútiles esfuerzos en esta dirección, hubo de volverse hacia el Danubio. Entonces hubo para la Galia, entre la línea de los queruscos y la de los francos, entre Hermann y los primeros Meroveos, cerca de dos siglos de tregua. Ya hemos visto cómo la aprovechó.

España, todavía más resguardada de los bárbaros, había ido más aprisa en las vías á que Augusto la había impelido. Para arrancarla de la barbarie, habían multiplicado en ella los romanos desde muy temprano las ciudades, Plinio cuenta cuatrocientas ciudades importantes, sin hablar de doscientas noventa y tres que les estaban subordinadas: cinco ó seis veces más que la Galia. Aquí se encuentra uno de los contrastes más duraderos entre los dos países. El régimen municipal tomó posesión tan de lleno de la tierra ibérica que quince siglos no han podido arrancárselo. Ahora mismo, gracias á aquellas viejas instituciones tan perfectamente de acuerdo con el carácter geográfico de la península, hay en España ciudades y provincias; pero ¡cuán laboriosa es la formación de un pueblo español!

Por lo demás, el sistema de Augusto tuvo los resultados que este príncipe esperaba. Cada una de sus numerosas ciudades fué un foco de riquezas y de luces: desde el tiempo de Estrabón, la Bética y una parte de la Tarraconense eran ya completamente latinas. A la caída de los Césares, dos de sus gobernadores llegaron sucesivamente al imperio, y Vespasiano la juzgó bastante romana para darle el *jus Latii*. Se señala el reinado de este príncipe por el establecimiento en Mérida de una numerosa tribu de judíos, origen de aquella raza que pululó muy luego en la península.

Domiciano continuó en España los favores de su casa; enardeció el afán por las obras públicas y dejó á Plinio el Joven que hiciera condenar á un gobernador de la Bética, temible sin embargo en Roma como delator oficial. En tiempo de Trajano se dió el mismo ejemplo de justicia y los bienes del gobernador infiel sirvieron para indemnizar á sus víctimas.

Adriano que visitó con amor su tierra natal, llevó á ella su activa vigilancia, y sufrió que una asamblea general le negara las levás que pedía para reclutar las legiones de las fronteras; hecho grave, que prueba la repugnancia que tenían entonces al servicio militar hasta las poblaciones más belicosas.

Las principales ciudades españolas eran siempre: Itálica, la patria de dos emperadores; Córdoba, la Atenas ibérica; las ciudades de la costa que comerciaban con Italia y África: Tarragona, donde se reunían los diputados de la España Citerior, y donde había nacido también el mejor teniente de Trajano, Licinio Sura; Gades, famosa por sus quinientos

caballeros. Sus flotas iban á traficar al Senegal, acaso más lejos todavía, y la ciudad tenía pretensión de guardar en su templo de Hércules, los huesos del dios, á la manera que Creta se preciaba de poseer el sepulcro del mismo Júpiter.

Sabido es que Trajano y Adriano eran de Itálica: España pues había tenido el honor de dar los dos primeros emperadores provinciales: quiere esto decir que no era ya una provincia, una tierra extranjera. Antes de enviar al palacio de los Césares príncipes cuyas familias habían nacido á orillas del Betis, había enviado ya á Roma toda una colonia de poetas y retóricos, conquistando así la ciudad eterna por medio de la palabra antes de conquistarla con los gloriosos servicios de sus hijos. Los dos Sénecas, Lucano, Pomponio Mela, Columela, Quintiliano, Marcial, Silio Itálico, Higino y acaso Floro, eran españoles. Se recordará el desdén con que Cicerón hablaba de poetas de Córdoba que se atrevían á hacer hablar á las musas latinas. ¿Qué habría dicho el gran orador romano si hubiera visto á estos provinciales abrir escuela ahora y empuñar el cetro de la nueva elocuencia? Los Sénecas reinan en Roma; el último de los grandes poetas romanos es sobrino de ellos y un calagurritano se hace el legislador de las letras latinas.

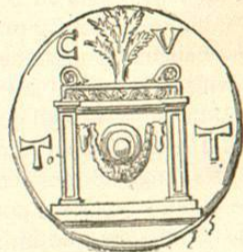
En otro lugar apreciaremos el efecto de esta importación provincial; aquí sólo queremos deducir esta conclusión: en tiempo de los Antoninos la educación de España está hecha y Roma no tiene ya nada que enseñarle, porque le ha dado todo lo que ella misma sabe y posee: la vida social y el amor á las letras, con un inmenso movimiento de obras y negocios; pero también con sus placeres sanguinarios, los juegos del circo, que sustituyó España con las corridas de toros.

Los tres países que acabamos de recorrer formarán un día una de las cuatro prefecturas del imperio; la prefectura á que la Galia dará su nombre, porque desde ahora arrastra en la esfera de su actividad política á las dos provincias confinantes, y esta preponderancia crecerá á proporción que la frontera que guarda esté más amenazada.

El Ilírico. — Los países montañosos que se extienden de los Alpes al Danubio estaban divididos en cinco provincias: la Recia hasta el Inn; el Nórico hasta el Kahlenberg (*Cetius mons*) (2), la Panonia hasta el Save; la Iliria y la Dalmacia, del Arsia al Liso; la Mesia, del Drina al Ponto Euxino. Dejamos de buen grado á esta vasta región el nombre general de Ilírico (*Illyricum*) que le da Apiano, porque la fisonomía del suelo, el carácter y la civilización de sus habitantes, á pesar de numerosas diferencias, ofrecían rasgos generales de semejanza. Tanto como la vida romana se desarrollaba con riqueza y fecundidad en el grupo de las provincias occidentales, en esta vertiente de los Alpes y del Hemo, que descendía

(1) C. V. T. T. (*Colonia Victrix Togata Tarraco*) Altar rematado en una palana (Bronce). El grabado puesto en otro lugar representa un acueducto que llevaba á Tarragona sobre una doble serie de arcos construidos en un valle, el agua tomada á 7 leguas de distancia, 25 arcos superiores y 11 inferiores (Delaborde, *Voyage en Espagne*, I, p. LV).

(2) La Recia, desde el extremo occidental del lago de Constanza hasta la embocadura del Inn en el Danubio, y el Nórico, de Passau á Klosterneuburg, cerca de Viena, habían estado gobernados mucho tiempo por procuradores y parece no haber tomado hasta el tiempo de Marco Aurelio la organización de provincias administradas por legados imperiales (Cf. C. I. L. t. III, p. 588 y 707).



Moneda de Tarragona (1)



Moneda de Itálica (1)

por algún tiempo la decadencia romana y el más ilustre de los emperadores del Bajo imperio, Justiniano (2).

La Recia comprendía entonces todo el país de los vindélicos. A fin de inclinar hacia el Danubio la atención y las fuerzas de estos valerosos pueblos, por demás habituados á mirar con avidez hacia la alta Italia, que habían desolado durante mucho tiempo, el primer emperador les había dado por principal ciudad á *Augusta Vindelicorum*, á orillas del Lech (Augsburgo).

En el Nórico y la Panonia, la raza indígena había sido casi siempre exterminada por los cimbrós, los dacios y los romanos. Sin embargo, el desierto de los boyos que ocupaba buena parte de estas dos provincias, comenzaba á repoblarse, y Claudio había enviado allá la colonia de Savaria (*Stein am Anger*) donde se erigió como en Lyon un altar á Augusto, rodeado de estatuas que representaban á las demás ciudades de la provincia. Una ciudad, Escarbancia (*Eidenburg*) que tenía el sobrenombre de *Julia* ó de *Flavia*, en testimonio de alguna gracia imperial, servía de etapa entre Savaria y la gran plaza de armas de los romanos en el Danubio, Carnunto (Petronell).

Un poco más arriba, á orillas del río, en Lauriaco (Lorch), una numerosa guarnición y una flotilla defendían la entrada del Nórico, y más abajo, á orillas del mismo río, se alzaba Vindobona (Viena) fundada acaso por Vespasiano. Noreya (Neumark), la antigua capital de los tauriscos, acababa de perecer; pero felizmente fué reemplazada por cuatro colonias que los romanos, con su habilidad ordinaria, habían fundado por delante de los Alpes Julianos, la parte más vulnerable de las fronteras de la Cisalpina. La una, *Virunum* (Mariasal al Norte de Klagenfurt), se situó en el cruce de los caminos del Nórico y de la Panonia, y las otras tres en los altos valles del Save y del Drave para defender aquel rico rincón de Italia donde se acumulaban anualmente más población y riquezas, donde Pola contará muy luego treinta mil habitantes y Aquilea cien mil, donde Padua tiene ya quinientos ciudadanos en posesión del anillo de oro, insignia de los caballeros (3).

(1) MVN. ITALIC. IVLIA AVGVSTA. Livia sentada con un cetro en una mano y un manojo de espigas en la otra (Bronce).

(2) Decio era de Budalia, cerca de Sirmio, Claudio II de Iliria, Aureliano de Panonia, Probo de Sirmio, Maximiano de Sárdica, Diocleciano de Salona, Constantino de Naiso, Justiniano de Tauresium, cerca del Hemo. *Quis dubitat*, dice Mamertino (*Paneg. ad Maxim.* 2), *quin... Italia sit gentium domina gloria vetustate, sed Panonia virtute!*

(3) Estrabón III, 169. Ninguna ciudad de Italia ni de las provincias latinas, excepto Roma y Cádiz, tenían tantos caballeros.

al Danubio hacia la barbarie germánica y eslava, las costumbres eran aun groseras y violentas. Pocas ciudades y colonias privilegiadas; pero muchos campamentos y fortalezas, y en los pueblos indígenas, el manejo de las armas, hecho necesario por la vecindad del enemigo.

Sin embargo, la conquista de la Dacia y la traslación á esta provincia de numerosa población romana acababan de abrir una era de prosperidad para estas regiones. El gran

río que corre ya entre dos márgenes romanos se cubrió de ciudades florecientes, y el Ilírico vendrá á ser una de las partes vitales del imperio, porque sus habitantes conservarán costumbres guerreras en medio de los trabajos de la paz. De aquí efectivamente saldrán los únicos grandes príncipes, salvo Teodosio, que detendrán

Todavía no hubieron de parecer suficientes estas precauciones. A fin de guardar mejor los dos grandes caminos que el Save y el Drave abren por en medio de la Panonia, desde el país de los dacios hasta los Alpes Julianos, aumentaron en un doble los romanos sus puestos militares. *Aquincum* (Alt Ofen) en el Danubio y Mursa (Eszeg) en el Drave, fueron colonizadas, la última por Adriano. Las fortificaciones de *Taurunum* (Semlin) á la embocadura del Save, hicieron de esta plaza como el puesto avanzado y el baluarte de la gran ciudad de Sirmio (Mitrovic) situada á algunas leguas detrás. Sirmio, más cerca de los bárbaros, eclipsaba ahora á Siscia (Szigek), antigua colonia y plaza de armas de Tiberio.

Una vía militar, que á la altura de *Servitium* (Gradiska) se bifurcaba enviando un brazo al Adriático, contorneaba el Save y unía las fortalezas establecidas á sus orillas. Como se ve, los romanos no habían perdido las lecciones dadas por las sublevaciones de los panonios en tiempo de Augusto y por los terrores que los dacios habían causado en tiempo de Domiciano.

Plinio, tan desigual en sus descripciones, es menos breve que de costumbre sobre la Iliria y la Dalmacia. Presenta á esta provincia dividida en tres distritos judiciales, cuyas cabezas eran Escardona y Salona, que han conservado sus nombres, y Narona (Viddo). En el primero estaban comprendidos los yapodes, catorce ciudades liburnas, de las cuales seis gozaban el *jus italicum*, y otra tenía además el título y las ventajas de la inmunidad. En el segundo distrito estaba la ciudad romana de *Tragurium* (Trau), célebre por sus mármoles, la colonia de *Sicum* y la de Salona, el puesto principal de los romanos, en la Iliria, en fin, diferentes pueblos dálmatas, divididos en 924 decurias. El tercero comprendía tres colonias, siete ciudades romanas y diez poblaciones inferiores divididas en 463 decurias.

Plinio no nos había hablado aún de estas subdivisiones cuyas análogas existían en Tracia y en Capadocia con el nombre de *estrategias*. Como esta región montañosa y cortada por numerosos valles poseía pocas ciudades, repartieron los romanos estas inquietas tribus en pequeñas circunscripciones territoriales, poniendo en cada una de ellas un jefe indígena, que respondía con su cabeza de la conservación del orden en su distrito. Para vigilarlos y contenerlos, para quitarles la vista del mar que despertaba en aquellos antiguos piratas tantos recuerdos y tan peligrosas tentaciones, una multitud de colonias y ciudades romanas se habían interpuesto á lo largo de la costa entre ellos y el Adriático.

*Dacia, Mesia y Tracia.*—Trajano llevaba á su administración la grandeza y rapidez de sus empresas militares. Luego que hubo dado al imperio los Cárpatos por frontera, comprendió que algunas guarniciones dispersas en tan vasta provincia no bastarían á contener á los dacios, y que la barbarie rechazada volvería ganando terreno á proporción que se fuera retirando el ejército victorioso: por eso llamó allá de las antiguas provincias un pueblo enteramente. A pesar de mil quinientos años de miserias, los romanos son hoy día doce millones de almas: Trajano había hecho en pocos años la obra de un siglo.

Este amplio foco de vida romana, establecido allende el



Moneda de Calagurris (Calahorra) (4)

(4) MVN. CAL. II VIR. Cabeza descubierta de Augusto (Bronce).

Danubio, hizo sentir su beneficiosa influencia en las provincias limítrofes. La Mesia había quedado inculta y despoblada; pero al atravesarla hubo de dejar caer en su seno la civilización algunos de los gérmenes de prosperidad que llevaba a la Dacia (1). Raciara (Arzar-Palanca), *Viminacium* (Kostolacz) y Nicópolis, que conserva aún su nombre, compitieron en prosperidad con las antiguas ciudades griegas de la costa, Tomi (Kustendje), y Odeso (Varna). Antes de un siglo, la orilla derecha del Danubio estará cubierta de ciudades. Widdin, Sistova y Nicópolis, sus más grandes ciudades, son de origen romano, y de estas regiones en otro tiempo bárbaras, saldrán los últimos defensores del imperio.



Mesia Superior. Moneda de Viminacium (2)

La Tracia tenía mala fama: se la llamaba madre de las más temibles naciones, y Claudio, por eso, la había sometido a doble vigilancia. En efecto, había hecho de ella una provincia administrada por un procurador (46) y había subordinado este procurador al gobernador de la Mesia que estaba siempre al frente de fuerzas considerables.

La vida romana se desarrolló allí poco; no se contaban en Tracia más que tres ó cuatro colonias; pero en las costas y a lo largo de la gran vía militar, que se extendía de Anfípolis á Bizancio, había muchas ciudades griegas. Obedeciendo á un movimiento, que desde aquella época arrastraba al imperio hacia el Oriente, Vespasiano, Trajano y Adriano habían fundado allí muchas ciudades y ampliado otras, como Trajanópolis (Orikova?), Plotinópolis (?) y Andrinópolis, cuyo emplazamiento se eligió tan bien que ha quedado desde entonces como una de las mayores ciudades de Europa.

Como en la Dalmacia, no se encontraban ciudades en el interior de la Tracia. Los romanos, sin embargo, habían agrupado sus dispersas poblaciones en *estrategias*; grosero bosquejo de la vida municipal. Antes de Plinio el Antiguo, se conocían cincuenta; Tolomeo no encontró más que catorce; prueba del progreso de la vida urbana en aquella región (3). Hemos visto producirse el mismo hecho en España, y pudiéramos registrarlo en todas partes: Pérgamo tenía ciento veinte mil habitantes; Cesarea de Capadocia cuatrocientos mil.

## II. — ITALIA Y GRECIA

El difícil trabajo de asimilación que era el objeto y aun la vida misma del imperio, y debía ser su justificación ante la historia, adelantaba en el valle del Danubio, menos rápidamente sin duda que en el valle del Rin, porque las poblaciones eran allí más diversas y bárbaras; pero bastante aprisa también para que se tuviera el derecho de esperar que el Ilírico cubriera eficazmente á Italia y Grecia contra las invasiones de los bárbaros del Norte.

Una y otra necesitaban contar con este antemural como quiera que las dos, viejas reinas del mundo, se sentían ya faltas de fuerza y de vida. Objeto del respeto perseverante de los pueblos, veían sin embargo embellecerse aún sus capitales: Adriano acababa de construir en Atenas el tem-

(1) La Mesia formó, á partir del reinado de Domiciano, dos provincias separadas por el Cibro (Cibritza).

(2) P. M. S. COL. VIM. (Provincia Mesia Superioris Colonia Viminacium). Mujer de pie entre un león y un toro. Bronce.

(3) Plinio, *Hist. nat.* IV, 40; Tolomeo, III, 11, §§ 8-10.

plo de Júpiter y los Flavios y los Antoninos habían hecho de Roma la ciudad de las maravillas. Pero ¿adónde encontrar las fuertes poblaciones que por medio de las armas ó el pensamiento les habían sometido el universo mundo? Si se exceptúa Roma, adonde acudían todos los mendigos de Italia, la Etruria meridional (4) que revivía merced al orden y á la paz, y algunas ciudades situadas en el camino de Brindis que conduce al Asia, en el de Aquilea que conduce al Danubio, ¿qué hay fuera de las vías Flaminia y Apia? El desierto se extiende más y más. Para una ciudad que prospere ¡cuántas y cuántas decaen! Capua, Otricoli, Tuder, Rímíni, Bolonia, Verona y Pola construyen, sin embargo, anfiteatros cuyas ruinas nos admiran; Ferentino, un teatro; Benevento, Ancona, Rímíni y Susa arcos triunfales que permanecen todavía en pie (5). Gabio debe á sus aguas sulfurosas renacer más rica que antes; habiéndose encontrado en sus ruinas, entre muchas obras maestras, una de las más bellas estatuas de la antigüedad, la Diana, que lleva su nombre. Pero la Magna Grecia, la región central y sus mil doscientas ciudades de que hablan los antiguos, ¿qué han venido á ser?

Se ha encontrado una piedra sepulcral, en que hay grabada la figura de un león, y más bajo el nombre de un soldado italiano: nada más. Tal será pronto Italia; sepulcro vacío, pero encima una grande imagen.

Conocido es el triste cuadro que hace Columela de los campos de Italia un siglo apenas después de las *Geórgicas* de Virgilio; á pesar de su apremiante llamamiento, pocos fueron los que volvieron al arado y la propiedad grande continuó en pugna con la pequeña. Pero ¿por qué esta nueva constitución de la propiedad no había, á lo menos, salvado la agricultura italiana y producido en la península la revolución feliz que el mismo hecho produjo luego en Inglaterra? Porque aquí los landlores hubieron de rechazar con sus tarifas, durante mucho tiempo, la concurrencia de los trigos extranjeros, mientras la política obligó á los emperadores á entregar el mercado italiano á los que importaban los trigos de Africa, de Cerdeña y de Egipto.

Inglaterra, por otra parte, tiene tres fuentes de riqueza: la industria, el comercio y la agricultura, de que su aristocracia saca gran provecho, porque después de haberlas



Moneda de Nicópolis ad Istrum (6)

(4) Canina, *Ann. dell'Inst.* 1837, p. 62, y Dennis, *Etruria*, I, 204-210. En cuanto á la prosperidad de la Etruria en tiempo del imperio, véase nuestro capítulo LXV. En el campo romano, no de todas aquellas féculas llanuras era expulsado el cultivador por la *malaria*, combatida aun en algunos parajes por los trabajos de canalización subterránea de los antiguos habitantes. La insalubridad se produce allí por numerosos depósitos de aguas estancadas á poca profundidad en el suelo mismo de Roma y de su campiña y de las cuales se desprenden, bajo un sol abrasador, ciertos parásitos, *bacilli malaria*, tan numerosos que el labrador puede recoger algunos en las gotas de sudor que cubren su rostro. Puede sustraerse á su influencia desde un punto elevado sólo algunos metros de estos remansos subterráneos, cuyas aguas no pueden filtrarse en un fondo impermeable. Por eso los romanos habían desecado el suelo con galerías subterráneas; una de ellas, descubierta en nuestros días y puesta en estado de funcionar, ha desecado las tierras vecinas dando salida á las aguas estancadas. V. Tommasi Crudelli, *Sobre la distribución de las aguas en el subsuelo de la campiña romana* (Mem. de la Acad. de los Lincei, 1880) y para los *cuniculi* de las tierras pontinas, Blanchere, *la Malaria de Roma y el drenaje antiguo* (*Mélanges de l'Ecole française de Rome*, legajo 1).

(5) El de Pola, de 25 metros de altura, tiene 90 en su eje mayor, y es muy elegante.

(6) VII A AVP-ΓΑΛΛΟΥ ΝΕΙΚΟ ΠΡΟΙΚ. Río recostado. Moneda de bronce.

abierto con su inteligencia, las alimenta con sus capitales. La aristocracia italiana no tenía más fuente de riqueza que la tierra, y ya hemos dicho cómo hubiera sido ruinoso hacerle producir cereales. El pueblo se alimentaba como podía de algunas cosechas miserables que podían librarse en ciertos parajes; y como el número de la población está en relación con el de las subsistencias, siendo insuficientes éstas, disminuía necesariamente aquélla. Los hechos económicos explican pues la decadencia continua de Italia, mientras al rededor de ella prosperaban las provincias.

La Grecia era aún menos afortunada. Para poblar á Nicópolis, había reunido allí Augusto á los habitantes de las ciudades vecinas, de modo que la fundación de una sola ciudad hubo de arruinar dos provincias, la Acarnania y la Etolia, que quedaron desiertas. En muchas partes no había más industria rural que la cría de caballos, indicio seguro de que la población no era rica ni numerosa. Y no es que el gobierno imperial hubiera sido duro con la Grecia: habíale asegurado una paz estable; á cambio de sus aplausos la había eximido de impuestos Nerón. Verdad es que Vespasiano juzgó que la recompensa excedía del servicio, y aprovechando la ocasión de algunos desórdenes para decir que los griegos abusaban de la libertad, volvió á someterlos á la autoridad pretoriana: Plutarco se dolía de ello aun en tiempo de Adriano. Sin embargo, dejó subsistir en la Macedonia, el Epiro, la Acaya y las islas, diez colonias, diez y seis pueblos libres, dos ciudades exentas de tributo, una ciudad romana, Estobi, cerca de la confluencia del Axios y el Erigon, y como en los días de la independencia, continuaron reuniéndose sus anfictiones en el santuario de Delfos: Olimpia conservó también sus solemnidades.

No era pues cierta dosis de libertad lo que faltaba á la Grecia, ni tampoco el orden, sino hombres.

En un pasaje de las *Historias* de Polibio, que sería oportuno meditar, investiga el prudente político las causas de la ruina de la Grecia, y no acusa, como haría un espíritu vulgar, no acusa á la fortuna ni á los dioses, sino á su pueblo.

«No hemos tenido, dice, pestes ni guerras desde hace mucho tiempo, y sin embargo, se despueblan nuestras ciudades. No culpemos á los dioses ni vayamos á consultar los oráculos; el remedio, como la causa del mal, está en nosotros. En nuestras ciudades se huye del matrimonio por libertinaje y pereza, y si de enlaces pasajeros resultan hijos, sólo se conservan uno ó dos á fin de dejarlos ricos, como lo han sido sus padres. Pero si de estos dos hijos, se lleva uno la enfermedad y otro la guerra, ¿qué vendrá á ser la casa? Así decaen nuestras ciudades (1).»

Y desgraciadamente, nosotros podríamos decir lo mismo que él: «Así se despueblan nuestros campos.» ¡Relación singular entre dos civilizaciones tan diferentes, en que la misma preocupación del bienestar ha producido los mismos efectos!

El mal señalado tres siglos antes por Polibio todavía se extendió más. Lo que era entonces cierto respecto de la Grecia, lo era también respecto de Italia. Ya hemos visto las recompensas aseguradas por Augusto á los jefes de familias numerosas: vanos esfuerzos; todo se malograba por el egoísmo de aquellos magnates, que vivían sólo para el deleite. Un vicio vergonzoso, la plaga de Oriente en todas épocas, y el crédito que aseguraba hasta con importantes personajes una fortuna libre de herederos naturales, aumentaron más y más el número de los hombres que huían de los deberes y cuidados de la paternidad. Entre aquellos

(1) Polibio XXXVII, 7.

mismos que la ley penaba, algunos eludieron la pena y usurparon las prerrogativas que reservaba para los ciudadanos útiles. Hubo, en efecto, célibes, que reclamaron un sitio de honor en el teatro en virtud del *ius trium liberorum*: de modo que la ley Julia Popea no había hecho más que poner á disposición del príncipe un privilegio más para el egoísmo y la vanidad. «Hoy, dice Plinio, sólo se alaba á las esposas estériles no queriendo ya ni un hijo único. — Se reniega de los suyos, dice también Séneca. — Se les abandona,» añade Tácito.

Estos hábitos de la aristocracia se revolían contra ella misma, diezmada por sus vicios muy más que por la mano del verdugo. De César á Marco Aurelio, las más ilustres familias desaparecieron casi todas. Por más que César y Augusto hicieran nuevos patricios, en tiempo de Claudio no quedaba ya ninguno.

Una de las causas del poderío colonial de Inglaterra es á buen seguro su misma fecundidad. Es rica en hombres, y sus numerosos hijos que crecen como la hierba espesa y apretada de los campos, se desbordan sin cesar por todas las grandes vías del mundo, sobre América, la India y la Oceanía. Así se había derramado la antigua Grecia por todas las costas del Mediterráneo, é Italia en todas las regiones del Occidente.

Pero en aquellas comarcas de que habían emigrado tantas colonias hay ahora falta de hombres, *δυσανδρία*, según la expresión de Polibio; y como el hombre es el mejor y más seguro instrumento de la fuerza productiva que había, sobre todo, en la antigüedad, en que las máquinas no lo reemplazaban, faltando él, todo faltó. «La Grecia de nuestros días, dice Plutarco, no podría poner en pie de ejército tres mil *hoplitas*.» Es el número de soldados que sólo la ciudad de Megara había armado contra los persas.

Fuera de esto, como un río que crece y se agota saliendo por mil canales de su lecho, el genio helénico se había debilitado á fuerza de extenderse, y la naturaleza, hecha ya madrastra de su pueblo favorito, no le daba ya grandes hombres, porque las circunstancias daban á los griegos una vida demasiado fácil. Ellos que en otro tiempo se complacían en seguir á los maestros del pensamiento á las altas cimas que el ideal ilumina, no se ocupaban ya más que en ir á vender ó alquilar á buen precio lo que quedaba del genio y del arte de sus mayores. Diariamente partía para Roma, de la Hélade y del Asia, algún especulador en cuadros, estatuas, educación, poesía, filosofía ó religión.

Los esclavos nacidos en la Grecia Asiática eran numerosos en la capital del imperio; pero estos hombres de carácter dócil y de dorada palabra, no permanecían en servidumbre; manumitidos muy luego, gobernaban á sus amos (4), y cuando este amo era el emperador, entonces

(2) ΗΓΕΤΟΥ Α ΜΑΞΙΜΟΥ ΑΥΓΟΥΣΤΗΟΣ ΤΡΑΙΑΝΗΟΣ. Puerta de la ciudad (Bronce).

(3) ΠΑΘΕΙΝΟΠΟΛΙΤΩΝ (Los habitantes de Plotinópolis). Minerva dando de comer á una serpiente enlazada á un árbol. Moneda de bronce.

(4) Juvenal, Sat. III, 57, 114. Este descendiente de los volscos sólo ama á los griegos. «Si huye de Roma, dice, es por sustraerse á la invasión de los de Sicione y de Andros, de Trales ó de Alabanda,



Moneda de Trajanópolis (2)



Moneda de Plotinópolis (3)